

A-6873

BIBLIOTECA ARGENTINA

LA BIBLIOTECA

Y LA CULTURA PUBLICA

JOAQUIN V. GONZALEZ

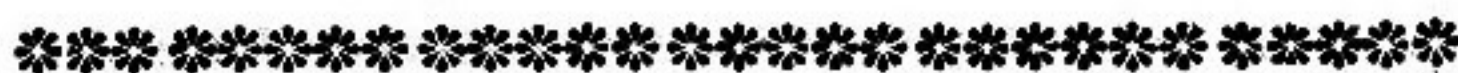


“Biblioteca de la Biblioteca”

Vol. I



Talleres de la Institución
ROSARIO 1915



“Biblioteca de la Biblioteca”

Con la publicación del presente pequeño volumen, iníciase la serie de los que irán apareciendo para realizar la noble aspiración que se compendia en su título, y á medida que lo permitan el tiempo y esa multitud de circunstancias hostiles que encierran á menudo dentro de límites precarios, las mejores decisiones en empresas de esta naturaleza. *La Biblioteca de la Biblioteca* será la biblioteca de la Biblioteca Argentina, y tal enunciado es suficiente como justificativo de vastísimas aspiraciones para los que comprenden y sienten el noble idealismo que la cultura del Rosario ha podido emular en el núcleo dirigente de esta Institución.

La obra por ella hasta ahora realizada á contar desde la época de su fundación, ha sido

tan decidida y eficiente, que se le podría atribuir sin error el valor de un factor primordial en la transformación que ha experimentado el ambiente intelectual de la ciudad, transformación perceptible hasta para los más indiferentes ó incapaces. Cabe sin embargo evidenciarla sin el temor al desdén que provoca la jactancia, la que por ser impersonal sería en todo caso justificada, y para ello, nada tiene el valor de una simple cifra: en el período de tiempo comprendido entre el 24 de Julio de 1912, día de su inauguración y el 31 de Agosto de 1915, fecha en que se escribe este ligero comentario, el número de personas que han pasado por la Biblioteca asciende á 131.171. ¡131.171 personas concurriendo con el solo afán de instruirse! Sería acaso arriesgado el afirmar que de una manera absoluta ó al menos en relación á la población de Rosario, ninguna otra ciudad de la República podría presentar un ejemplo semejante? El transeunte que en el deseo de anotar las características de la ciudad que visita por primera vez fuera llevado hasta el salón de la Biblioteca en una de sus tardes ordinarias de lectura, no saldría de su asombro al verificar que en Rosario, la ciudad del tráfico y de la riqueza, para la que los ignorantes de las leyes generales de la evolu-

ción de las sociedades han inventado el gesto despectivo, ó la frase condenadora, más de cien lectores. entre los cuales se podrían contar obreros, estudiantes, técnicos, profesionales, maestros, inclinan sus cabezas reflexivas sobre los pupitres de lectura.

Pero la Biblioteca es ya para el Rosario algo más que una sala de bibliografía y de consulta. La conferencia periódica ha dotado á su programa de propaganda cultural, de un medio eficiente y vasto. Su tribuna honrada por la palabra de eminentes personalidades nacionales y extranjeras, tiene el prestigio que esparce la verdad y el conocimiento. Desde ella ha sido posible infiltrar en los auditorios en otra hora indiferentes ó adversos, el amor á la verdad, á la belleza, al saber; desde ella ha sido posible la sugestión hacia el esfuerzo útil y colectivo; y la disciplina para la investigación y la noble aspiración hacia el perfeccionamiento.

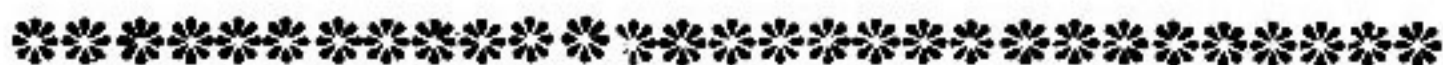
La organización de *La Biblioteca de la Biblioteca* se agrega, por decir así, al esfuerzo hasta ahora realizado. Sin pretensiones que podrían quedar reducidas por dificultades no previstas, sin limitaciones que podrían sobrepasarse gracias á éxitos inesperados, *La Biblioteca de la Biblioteca* estará destinada por lo

pronto á la publicación de las conferencias que por su importancia merezcan ser defendidas de un olvido injusto y perjudicial. Luego, si es posible, difundirá entre los que forman el ambiente en el cual actúa la Institución, el conocimiento de obras maestras seleccionadas entre las que menos suelen estar al alcance de la generalidad de los lectores. Como puede verse, entre estos dos límites, cabe todo lo que se desee encerrar.

Se ha creído que el primer volúmeu no podía ni debía contener materia más digna, que la magnífica conferencia con la cual el eminente Rector de la Universidad de La Plata, Doctor Joaquín V. González, inauguró La Biblioteca Argentina el 24 de Julio de 1912 y que compendia, por decirlo así, el amplio programa propuesto por las mismas aspiraciones de la Institución.

C. MUNIAGURRIA.

Rosario, Agosto de 1915.



LA BIBLIOTECA Y LA CULTURA PUBLICA

CONFERENCIA INAUGURAL

SEÑOR INTENDENTE MUNICIPAL:

SEÑORAS:

SEÑORES:

Si alguna recompensa puede esperar en mi ya larga dedicación á la labor de la enseñanza y educación pública de nuestro país, es esta de que, la autoridad del municipio de la gran ciudad del interior, y el núcleo directivo de la nueva institución de cultura en cuyo seno nos hemos congregado esta noche, me hubiesen creído digno de venir á traer á ella mi palabra, tan desnuda de esos atractivos de la bella oratoria, siempre grata á los oídos de toda asamblea, y más aún, si es de nuestra raza. Más que un

premio es en realidad un intenso placer para mi este episodio, que me permite cumplir aquí una deuda íntima con el Rosario, deuda contraída con mi conciencia de estudioso de la historia sociológica y política de la nación, pues esta nueva *urbs*, viene á ser como una condensación de leyes internas de la evolución argentina, aún no analizadas, y como la masa palpitante de una próxima y grandiosa realización de nuevos fenómenos políticos.

Crear una biblioteca pública de esta significación é importancia prospectiva en el corazón de una sociabilidad como esta, es comenzar por su verdadero principio el proceso natural de su transformación. Una modalidad genuinamente argentina, dió al Rosario una misión histórica decisiva en cierto periodo crítico de la nacionalidad: fué el baluarte defensivo, el refugio, el punto de resis-

tencia, donde la idea de la integridad de la patria, amenazada por la discordia, salvóse inviolada como los antiguos tabernáculos. El pensamiento político de la época, el mismo de la Constitución, vió aquí resuelta la ecuación de un hondo problema futuro; leyes sociales, económicas y geográficas incontrastables hicieron de esta ciudad una de sus concreciones más vigorosas, y esta fuerza le permitió sostener sin romperse la juntura de las dos porciones del territorio, como una traba de acero destinada á evitar el derrumbamiento de un coloso.

Transportado á la capital virreinal el centro político de la acción, el Rosario quedó de pie como un punto de concentración de poderosas corrientes económicas y comerciales, en una vasta extensión del país. Su desarrollo urbano sólo ha sido la demostración positiva

de aquel enunciado histórico. Es hija de las fuerzas económicas; es una creación substancial de la riqueza intensiva de la región que á ella converge, y no de los factores artificiales de la vida burocrática; es la hermana mayor de las nuevas ciudades argentinas, aunque de nombre antiguo, formadas ó transformadas por la industria ó el comercio, por la savia de las campañas y por la virtud de las reales cédulas ó de los supremos decretos, — como ha surgido Chivilcoy, como se renueva Tucumán, como se rehace Mendoza, y como se renovarán la sangre y los huesos de todo el organismo nacional.

La afluencia de sangre extranjera no ha modificado su esencia; y más bien, como para calmar las inquietudes y vagas alarmas del más celoso nacionalismo, ha venido á ser como un crisol de las más extrañas fusiones, cuyo fun-

dente incontrastable es la tierra misma, con sus generosidades y sus prodigalidades infinitas; á punto de que en su seno, más que en las otras de antigua y homogénea tradición española y nativa, las pasiones y entusiasmos colectivos, inherentes á un avanzado proceso de formación democrática, han tenido y tienen sus movimientos más geniales. Y así debia de ser, no sólo para fundir y amalgamar las corrientes étnicas del interior con las del litoral, sino para salir al encuentro de las avenidas que la Europa nos enviase, llamadas ó estimuladas por esa admirable política inmigratoria de la Constitución, por la cual sus autores y próceres quisieron absorber en un día la secular civilización de la Europa occidental.

Si las ciudades coloniales eran meras improvisaciones militares ó administrativas, las de la nación nueva debían ser

formaciones naturales derivadas del trabajo de la tierra, de la vitalidad general ó regional del territorio, explotado en múltiple concurrencia por el libre trabajo de sus definitivos soberanos. Los primeros traían y continuaban en el nuevo suelo el tipo de cultura simbolizado por una espada y una cruz, como la doble cruzada de la civilización de entonces, que poblaba las costas del Mediterráneo de ciudades hijas del comercio entre dos mundos, que tenían en la inmensa é histórica cuenca, como su plaza neutral de conciliación y de inteligencia. Pronto se sentiría en el fondo de esas sociabilidades adventicias la influencia de los dos tipos dominadores de la cultura antigua; y es que, en definitiva, ninguna aglomeración humana, sean cualesquiera su origen, su sangre ó su genio, deja de recibir la impresión de un sello de cultura más alto; y este será el que más

armonice con los caracteres generales de la masa.

Imposible sería predecir qué individualidad ética presentarán las agrupaciones argentinas del futuro, al depositar sobre el viejo y noble «substratum» de nuestra raza española y latina, el limo aluvial de inundaciones heterogéneas y afines procedentes del viejo mundo, y sujetas á la lenta transmutación del nuevo ambiente. Pero el deber del presente no es cavilar sobre el lejano resultado, sinó echar en el surco la mejor semilla, y rellenar las zanjás abiertas con el material más incorruptible para cimiento de la futura fábrica. Las generaciones sucesivas deben tener también su parte en la labor, y nosotros, al realizar la nuestra, no podemos valernos sinó de los elementos que nos ofrece la más alta y depurada civilización de nuestro tiempo. Tenemos que atender

al aspecto espiritual de la tarea, al mismo tiempo que por imperio de fuerzas superiores, el terreno material se solidifica y engrosa y se enriquece cada día. Si aspiramos á crear una potencia social y política que no quede encerrada en las líneas de su periferia, debemos imprimirle una orientación y dotarla de un impulso permanente. Una factoría comercial será siempre la presa codiciada de la avaricia extranjera ó de la corrupción interior; pero una ciudad es un organismo humano, dotado de un alma colectiva, á la cual la educación y la cultura emparentan con el árbol genealógico de las ideas dominantes en el resto del mundo y le dan la personalidad jurídica que la vuelve inviolable é intangible para las demás del mismo linaje moral.

Este principio ético es el único que imprime armonía y funda los caracteres

de una colectividad; y si «la vida nacional ha de crecer y no disminuir, prosperar y no languidecer, su propósito, á través de todos los cambios accidentales, debe ser ético»; y aunque el cosmopolitismo, en cuanto realiza la ley progresiva de la diferenciación, «está en la esencia misma de la fuerza»; lo fundamental es que «no es la fuerza bruta sinó el vigor moral, lo que crea el predominio del mundo», y que «la dirección entre los pueblos de la tierra pertenece á los que poseen una *vista interior*, más profunda». El mundo interior no se percibe ni se conquista con las armas ni con los acorazados; una emoción colectiva despertada por una idea, una sensación de arte ó una acción magnánima, revelan su existencia con más precisión que una orden imperial ó que la coacción de un ejército; y un libro, una estatua ó un microscopio,

descubren en el corazón humano más maravillas que una expedición polar ó un submarino en los misterios del océano. La «vista interior» sirve para percibir de afuera lo recóndito, y desde adentro lo exterior, como la luz del radium, que al alumbrar el fondo de la piedra donde durmió un sueño luminoso é ignorado, da luz para encender el fondo de los otros organismos opacos.

Una biblioteca es un laboratorio de observación, y un gabinete provisto de todos los instrumentos que la ciencia ha inventado para explorar lo desconocido; y será tanto más decisivo su influjo cuanto más diligente y acertado sea el guía que conduzca al lector ó estudiante á través de sus líneas de volúmenes cerrados. Y aquí me permito una digresión á que me invita el recuerdo de uno de esos espíritus que yo suelo llamar «flores de cultura»,—

de Lord Rosebery — quien decía hace seis años en la Universidad de Londres, que «al entrar en una biblioteca todo lector debe llevar un objeto ó un guía», y no lanzarse al azar de lecturas inopinadas; como al entrar en un laboratorio — continúo yo con mi símil — no tomará un microscopio para ver la luna ó un telescopio para analizar una célula. «El sólo hábito de leer, y de leer mucho, sin ningún ejercicio ú objetivo para buscar el conocimiento, es más bien dañoso que benéfico al espíritu» — agrega Lord Rosebery; y sin duda, recordando al héroe de Cervantes y á su innumerable parentela de todos los tiempos y países, piensa que puede generar un estado de debilitamiento, sinó de parálisis mental. ¡El ejemplo de los grandes hombres, de los autodidactas! También lo tomamos en cuenta Lord Rosebery y yo; él, para decir que «si

es cierto que muchos hombres eminentes debieron su éxito á las casuales lecturas de sus bibliotecas privadas, lo es también que limitaron esta inconsulta y voraz tarea al primer periodo de la vida, y que si lo hubiesen continuado en la misma forma hasta en la media edad, no habrían llegado a ser hombres eminentes»; y yo, para afirmar que la acción social, intelectual ó política de esos célebres autodidactas, si no fué intermitente, discontinua y dispersa—lo que significa pérdida de tiempo y energía—fué por lo menos insuficiente, incompleta ó deleznable. Por eso mi autor citado, habla de una universidad ó núcleo directivo de una biblioteca, ó de una biblioteca como alma de una universidad, y de que la una sin la otra apenas podrían realizar su destino. Esto, no debe sugerir á mi auditorio la suposición de que yo intente limitar el uso

de los libros, sinó que quiero su uso más ventajoso y eficaz; como no lo es más un numeroso ejército improvisado, ignorante del tecnicismo de las armas modernas, que otro más reducido é instruído en la técnica del arma y del tiro de guerra.

El beneficio social de una biblioteca es universal, pero lo es también específico bajo dos aspectos que me interesan más profundamente; el de la ignorancia considerada en sus males propios, y el del mejoramiento del nivel de la vida democrática. Destruir la ignorancia es un mandamiento axiomático: pero no lo es todavía para los ignorantes de una especie muy difundida, que ignoran su condición de sedimentarios de la rutina moral é intelectual de los siglos transcurridos, y que á manera de absorción ambiente se infiltra en su sangre y se perpetúa en sus propios linajes.

Para los ignorantes sanos de corazón, la felicidad está en conocer la mayor suma de cosas del mundo externo é interior; para aquellos que la ignorancia ha pervertido, la felicidad se traduce en el mayor grado de mal inferido á los demás, á veces sin la intención de dañarlos, y en todo caso, sin la menor noción de su daño propio.

Para mí el mal más grave de la ignorancia es que ella engendra no sólo «el orgullo y el deseo quiméricos, sinó la envidia y el odio. La maldad es una forma de la estulticia. un error continuado, una ceguera del egoísmo que aprisiona al engañador en su propia red y hace recaer el mal sobre su autor.» Uno de los más bellos espíritus con los cuales la humanidad puede glorificarse, Leonardo de Vinci, que como todos sus iguales amó la dulce y penetrante forma de la fábula ó la parábola,

se complace en las suyas, según la síntesis de su último biógrafo y analista, en fustigar la insolencia y los celos; la insolencia que es exaltación del orgullo, los celos que son forma refinada de la envidia y el odio. Para él ninguna cosa, persona ó idea pueden ser amadas ó detestadas sinó se tiene su conocimiento. «El amor de una cosa es hijo de su conocimiento; y el amor es tanto más intenso cuanto su conocimiento es más exacto». Conocer es amar, como ignorar es odiar; y una de las más hondas penas del filósofo es, sin duda, la de pensar en el tiempo que la humanidad ha perdido, presa de sus errores ó sus ignorancias de las verdades más sencillas. El eterno ejemplo de la mariposa. «No contenta con volar por el espacio, la vagabunda se deja atraer por la llama de la vela: gira en torno de ella, y su alegre entusiasmo se torna en una

súbita tristeza, porque sus alas sutiles se consumen, cae, y tras dolorosos gemidos, exclama suplicante: ¡Oh luz falsa, á cuantas otras antes que yo, en los tiempos pasados, debes haber engañado de esta mísera manera! Si yo quisiera ver la verdadera luz, ¿no debería aprender á discernir el sol del falso brillo de un sebo humeante?»

Todavía podemos y debemos afirmar el postulado que la vida de Sarmiento sintetiza: «el mal que aqueja á la República Argentina es... la ignorancia». La extensión de las tierras ha sido dominada por el riel, y la de los ríos y los mares por la nave; pero la inteligencia nacional no ha sido aún dominada por el libro, ni su corazón poseído por el amor de la ciencia y de la verdad. La ley del odio y de la discordia, de los celos malsanos y de las rivalidades egoístas, que envenenan nuestras

luchas democráticas y amargan los triunfos de la razón y de la libertad, no ha perdido su imperio y su vigencia; y así como el territorio en que antes reinaba el desierto no se reproduce ni aumenta, para que sea definitiva la conquista de la locomotora, el vasto territorio moral en que reina la ignorancia se acrecienta y agranda cada día, para que la brega de la educación y de la cultura sea cada vez más activa y vigorosa, y para que su conquista definitiva no pueda pronosticarse para una fecha cierta. La ignorancia legada por la colonia y recalentada por las mezquinas luchas de predomínios personales ó regionales, engendró los odios fraticidas de la patria historia, y ha dejado en las almas un tenaz sedimento que resiste de primera intención á todas las tentativas y los impulsos inspirados en la ley del amor y de la armonía. El riel y la

nave surcan el desierto, la montaña ó las aguas; pero la onda luminosa de la ciencia debe penetrar por acción sucesiva y simultánea á la vez, el alma informe de la infancia, la mente madura y desviada de las generaciones adultas, y aún las conciencias de las «clases superiores ó gobernantes»; las cuales, si poseen cierto grado de cultura y preparación para el oficio de mandar, ó es insuficiente, ó se halla alterado por los prejuicios y las sugerencias de banderías, y partidos personales; ó alimentada en cantidad y calidad deficiente, debe hallarse sin cesar sometida á un método de corrección y rectificación, que sólo el estudio y el cultivo de las ideas puede proveer.

De las clases superiores ó directivas deben salir los elegidos de la masa para las funciones del gobierno, que en pueblos de nuestra tradición y raza es el

objetivo supremo de toda acción colectiva, esto es, en proporción de su ignorancia y de su impericia selectivas. La escuela primaria y secundaria no ha dado, ni da ahora, ni dará por mucho tiempo, un tipo de cultura ni una suma de aptitudes suficientes para saber elegir, ni a los elegidos para saber gobernar ó regir la suma de poder público ó privado puesta en sus manos. La Universidad argentina, con su patrón restringido y excluyente, forjado en las ideas tradicionales é impuesto por la conciencia ambiente, tiende—por amplios que sean sus moldes—á limitar ó reducir el círculo de los privilegiados de la ciencia y de la aptitud profesional. Y mientras las ideas fundamentales no cambien acerca de la misión de la escuela, del colegio y de la universidad, la biblioteca—es decir, la lectura popular y privada—será, en abstracto al

menos, la verdadera universidad social, aquella que no eleva murallas, ni estrecha las puertas, ni cuele hasta la sublimación la materia prima, y confundiendo su misión con la de las academias se erige en un alambique de quintaesencias intelectuales; la universidad cornelliana. en suma, «donde toda persona pueda encontrar todo conocimiento».

No es indispensable, por cierto, que todo hombre de estado sea universitario. Los ha habido y los hay, y aparecen todos los días, verdaderos estadistas formados por sí solos en el estudio libre, sobre la base de una predisposición natural; y aún puede surgir el genio, rompiendo las capas de la atmósfera habitual, y elevándose sobre su tiempo y contra el espíritu y las formas dominantes; pero siempre será necesario para unos y para el otro, que exista un am-

biente propicio á la germinación de esos tipos humanos, como de los demás de la infinita escala biológica. La necesidad de la formación individual y diferencial del hombre de estado por la universidad parece ya una proposición indiscutible; pero es también indudable que la enseñanza más difundida por la escuela primaria y media, forma el ambiente á las ideas del primero, su temperatura y su medio conductor,—ó si se quiere decir la palabra,—hace la opinión pública. El gobernante ó el cerebro directivo, debe enunciar el propósito ó programa de la acción común, y la masa de los individuos de la colectividad gobernada debe secundar ó resistir: en uno y otro caso necesita pensamiento propio, capacidad para juzgar y voluntad para hacer. Los autodidactas suelen tener sobre los universitarios, cuando una chispa de genio los impulsa, lá

ventaja de unir la fuerza á la convicción; pero si les falta el contacto de la chispa, serán impotentes para encender la atmósfera y producir la luz ó la corriente que ha de iluminar ó mover el alma de la masa.

El mismo Lord Rosebery observa la dificultad cada vez más acentuada de conciliar la política con el amor á los libros, y está llena de vivo interés su reseña de los estadistas ingleses que amaron los libros, desde Lord Chesterfield hasta Caning, y desde Macaulay hasta Gladstone. El dice que «nada podría parecer más discordante é incompatible que la vida literaria y la vida política. El hombre de libros debe deslizarse á través de la vida como una sombra, «feliz con su sencillo placer, como una oruga sobre una hoja verde; mientras que el hombre político vive bajo la vista del público, casi en las

manos del público». El uno puede sustraerse al vértigo externo de la vida, y realizar el sueño de Macaulay, de «enterrarse vivo en una de esas inmensas bibliotecas que vemos en las universidades, y no pasar una sola hora despierto sin un libro ante los ojos»; mientras que el segundo debe estar siempre alerta, animado, visible, derivando una cierta popularidad aún del hecho de ser visto; hablando en todo caso, ya tenga ó no algo que decir; apareciendo en su tribuna, ya se halle alegre y sano, como enfermo y triste, lo mismo que un actor; —un vértigo de vida; en fin, la cualidad esencial de toda publicidad». Entretanto, reconoce que Mr. Gladstone, en su condición de lector «omnívoro» como él le llama, reunía en admirable consorcio, no igualado por ningún otro político del siglo XIX el amor de la lectura y la consagración á la política,

pues sólo Lord Chesterfield, en el siglo anterior, podría comparársele.

Y bien, ejemplos aparte, las exigencias de la vida política en sociedades ineducadas como las nuestras, siendo mucho más absorbentes del hombre de estado, imponen á este un deber más imperioso de resistencia y dirección, de enseñanza y consejo. La responsabilidad de un caudillo de multitudes inorgánicas é iletradas es mayor, porque su imperio es más absoluto y personal; y tanto más alto y digno será su carácter, cuanto más recta y honrada sea la dirección moral que les imprima. El caucus, el comité, el núcleo íntimo, ejercen sobre el hombre de gobierno, entre nosotros, una tiranía irresistible y una acción enervante de la voluntad y perturbadora del juicio; y sólo una fuerte y sólida convicción del deber, y del alcance y naturaleza de la propia misión, pueden

mantenerlo en su equilibrio. Los conceptos de lo bueno, lo justo y lo patriótico se cambian dentro del espíritu del círculo, según los intereses inmediatos ó la «gloria» del estadista que rodean; y será tanto más noble y elevado su civismo, cuanto mayores probabilidades de lucro ó éxito personal ofrezcan sus iniciativas y proyectos. La adulación y el elogio permanentes, solicitados ú ofrecidos en familiar complacencia de todos los momentos, acaban por envolver al «grande hombre» en una niebla tan espesa, que no tarda en considerar como un adversario y un menguado al que no se armonice con el coro favorito de los aduladores, los cuales cierran el cerco tanto más cuanto más goce y medro obtienen de su oficio. El primero de los bienes de una sana educación en el hombre político, es armarlo contra las seducciones de esa sirena maléfica,

que entre cantos y ensueños de amor y de gloria arrastra al incauto hasta los escollos de donde no se vuelve más; y por una fatalidad del destino, es una verdad harto comprobada que ese arte florece con la misma lozanía en las civilizaciones refinadas, que en los estados semibárbaros.

Hemos tenido los argentinos la suerte de contar en nuestra breve historia, hombres eminentes, universitarios y autodidactas, que tuvieron como dedicación pública dominante, la difusión de la cultura social, no sólo como medio de vaciar el espíritu colectivo en los cauces de la Revolución, como Moreno, Belgrano y Rivadavia, sino como única forma de animar el cuerpo de la inerte é inconsciente democracia nueva, para imprimirle el movimiento y la dirección de la vida constitucional, como Urquiza, Mitre, Sarmiento y Avellaneda. De estos

cuatro presidentes fallecidos, tres fueron autodidactas, y el último un universitario de sangre y alma; y los cuatro coincidieron en la más noble pasión de todo estadista moderno y progresivo: la de la escuela, ó del engrandecimiento nacional por la ciencia. Los cuatro fueron creadores é impulsores de la enseñanza, y dos de ellos—un autodidacta y un universitario—fueron á la vez propagadores y actores, apóstoles y gobernantes. Sarmiento encendía la hoguera, la alimentaba, y dispersaba por el campo los tizones encendidos para difundir el incendio; Avellaneda demostraba con la corrección de su estilo escrito y oral, el tipo de cultura que contemplaba para su pueblo. Mitre, como Gladstone, excepción hecha del carácter militar del primero, es una conciliación viviente de tres tipos de hombre público, el soldado—ciudadano, el estadista y el hombre de

letras; y de él puede decirse, lo mismo que del gran anciano de Hawarden, que «ningún otro alcanzó más que él, la eminencia política, siendo á la vez con la misma potencia un hombre de libros». La iconografía seria y caricaturesca de Gladstone lo pinta devorando con los ojos los estantes de los anticuarios de Londres; y todos en Buenos Aires hemos observado á Mitre, en sus sencillos paseos á pié, adherido con avidez de bibliófilo ante las vidrieras de las librerías de viejo. Mitre traducía y comentaba á Horacio y á Dante, al mismo tiempo que Gladstone traducía y comentaba á Horacio y á Homero; y aunque ni uno ni otro se propusieron llegar á las altas y armoniosas sonoridades de la lirica y la epopeya, ambos lograron lo que se propusieron, al dar á los hombres de estado de su tiempo y de los venideros, el raro ejemplo de civismo y de

consagración moral de la vejez, coronada con las mismas rosas intelectuales de la juventud que al amparo de una vida honesta nunca se marchitan ni se deshojan.

Estos varios ejemplares de conductores de pueblos y caudillos de ideas, que he nombrado, son la realización viviente de la virtud del estudio como fuerza del hombre de estado contra toda contingencia de los tiempos; él no se hallará en caso alguno en condición de ser empujado ni arrastrado por la corriente de las ideas, ni de las aspiraciones, ni de las pasiones circundantes; porque el libro le abrirá día por día el alma de su época y lo pondrá al unísono con el timbre moral é intelectual del espíritu humano en la hora en que vive; y nada lo tomará de sorpresa; y antes bien, con el hábito de conocer las evoluciones pasadas, aprenderá á prever y

á predecir las del futuro. ¡Oh, y los tiempos actuales, cuántas sorpresas nos han traído, y qué mal preparados los estadistas para afrontar las nuevas é inesperadas revelaciones del alma contemporánea! · Lo de siempre en la historia del género humano: la idea nueva, la revolución espiritual y moral encima de las cabezas y agitando las multitudes con ansias dolientes de sacrificios por reivindicaciones seculares, y siempre la guardia dormida del Templo ó del Pretorio, despertando sobresaltada ante el tumulto que ya no es hora de sofocar ni reprimir. Y luego, las razones de estado y los argumentos de autoridad esgrimidos como sables contra fantasmas, sin lograr otra cosa que improvisar mártires y apóstoles por cada gota de sangre derramada.

La ciencia es el camino de la verdad, y la verdad es la vía hacia la libertad.

La renovación, el relevamiento relativo alcanzado en todos los países cultos por las clases laboriosas, esta inmensa y progresiva revolución social que ha cambiado ya la faz del mundo y la esencia de la moral y del derecho, obra exclusiva es de la cultura popular por la biblioteca, la cátedra, la palabra, la prensa, la escuela, la universidad difusa y constante, donde en todo momento hay una puerta que se abre para el saber, y otra que se cierra para el prejuicio y el privilegio ó la desigualdad. Obra es exclusiva de la enseñanza, que pone la letra impresa ante los ojos del niño, de la mujer y del proletario, y los convierte en fuerzas vivas de una labor concurrente y libre, que les da una individualidad y una soberanía atómica, —unidades de un todo formidable que ha de moverse al impulso de una idea única, comunicada y transmitida por

invisibles hilos afectivos á la inmensa y universal familia de los desheredados, de los ciegos, de los tullidos, de los condenados injustamente, los cuales ignoraban que su riqueza, sus ojos, sus piernas y su justicia anhelada, se hallaban ocultos como por magia diabólica entre las letras muertas del abecedario, y que la santa filantropía de la ciencia descifró para ellos en hora feliz para toda la raza humana.

Y no haya temor de agitaciones y peligros de libertades excesivas; porque así como se dice que los males de la democracia se curan con más democracia, los de la ciencia si tal quieren llamarse, sólo podrán curarse con mayor dosis de ciencia. La mejor manera de prevenir los peligros que el orden consuetudinario cree ver en los movimientos colectivos, es estudiar más y más á fondo, los caracteres, las aspiraciones y

las ideas de las agrupaciones sociales, movidas por armonías íntimas que el ojo vulgar no percibe, y ver si ellas se ajustan ó no á los moldes de la justicia consagrada en códigos escritos y no escritos, que contienen la justicia y la moral tradicionales. El hombre de estado del día no puede divorciar la política del estudio; porque las bibliotecas están abiertas, las cátedras tienen ya resonancias hacia la calle, los niños no callan en su casa la lección de la escuela, y no hay poder humano capaz de impedir la circulación de una hoja impresa, ni la repercusión de la palabra inspirada, echada á vuelo desde la tribuna pública. ¡Sí; á leer, á estudiar, á meditar, todos los que tienen un rayo de luz en la mente, porque tiempos nuevos se acercan, y no hay ya diques suficientes para contener el desborde de las *grandes aguas*, anunciadas por el profeta!

La lectura es una de las escuelas de filantropía más fecundas que existen: ella procura un goce real, de una dulce é incomparable sensualidad, la del espíritu curioso en carrera de descubrimientos y sensaciones nuevas; y como todo goce legítimo es generoso y comunicativo, él inflama el corazón del pudiente en el amor de su prójimo, y corre á buscar tesoros de saber para ofrecérselos sin más retribución que su propia dicha ó el bien ageno. Hablo, por cierto, de conocidos ejemplos que han hecho y siguen haciendo la gloria de la opulenta civilización del norte de América. Allí la temprana difusión de la cultura social ha creado el espíritu y el hábito de la alta filantropía intelectual, la que da los medios y los caminos para adquirir, sin el rubor de la dádiva directa. Yo agradezco al que me puso los ojos en la cara, porque me

hizo posible ver las maravillas de la naturaleza, las páginas de un libro, y todo lo que hace el encanto de mi vida. de mi razón y de mis sentidos. El patriotismo norteamericano, ejercido por sus ricos, ó multimillonarios de la industria y de la valorización accidental, está realizando, en forma de devolución de intereses en favor de la masa social, obra de más intensa filantropía y justicia que los parlamentos y los concejos municipales; y como si los propios tesoros de ciencia y de arte no bastasen para la ilustración del pueblo, está acarreado de algunas viejas y descuidadas ciudades de Europa, los depósitos de arte, bibliografía é historia que nunca pudieron haber obtenido por acumulación secular.

«¿Por qué no hacemos nosotros,—preguntaba hace algunos años Federico Harrison,—un uso más razonable de

nuestros ricos?» Y estudiaba la condición de los señores feudales que aún acumulan las grandes fortunas hereditarias del Reino Unido, sin que se percibiese de ellos, «como de las aguas del Niágara, otra cosa que ruido y espuma». Gastan, es cierto, enormes fortunas, pero siempre en forma egoísta, sin devolver nada al pueblo cuyo trabajo colectivo ha acrecentado sus rentas y su poderío: sus esplendores y fastuosidades teatrales son contempladas con mirada ansiosa por la multitud, que en el fondo —como ya observó Lecky— lleva una sorda agitación de protesta por la dolorosa desigualdad. ¿Y qué mejor forma de compensación que devolver en educación y en riqueza mental los positivos beneficios que ellos recogen del esfuerzo colectivo? «Existen ciertas formas de cultura que ningún Estado ni municipalidad, por ricos y liberales que sean,

pueden proveer por sí solos de las rentas comunes...» Y luego, las más elevadas formas del arte, que es deber de la civilización presentar como tipos á todos los ciudadanos, no tienen precio en el mercado; y como se hallan por encima de toda valuación, para que puedan producir sus efectos morales y sociales deben ser tratados fuera de toda medida económica. «Vendrá un día sin duda—agrega el mismo filósofo citado—en que el mundo convendrá en abolir los ricos como una institución anacrónica; y por cierto, que ningún anarquista ni comunista trabaja en forma tan activa para apresurar la llegada de ese día, como los ricos mismos». La riqueza privada, según él, no es más que una desproporcionada participación en el producto del trabajo cooperativo social, y reposa sobre una convención transitoria. «El gran problema que el

siglo XX tendrá que afrontar y resolver, en definitiva, es si los ricos son susceptibles de algún empleo social útil, ó si es más conveniente para la sociedad abolir la institución misma». Los americanos del Norte se han colocado en la vía de la solución social por excelencia, pues allí la riqueza privada es un complemento de la fortuna pública, y toda la función de la filantropía y la cultura general va siendo asumida como una autoimposición por los ricos, quienes realizan con ello una obra de alta sociabilidad y de propia y previsoramente preservación.

Entre nosotros esta munificencia es un ensueño del que en vano procuró Sarmiento despertar con los chasquidos de su látigo á los adormecidos millonarios de los *latifundia*, de la valorización accidental y del industrialismo naciente. Las bibliotecas se forman con una exi-

gua contribución de libros llevada por pobres maestros ó escritores, una miserable y zarandeada subvención legislativa ó municipal, con los deshechos de las destartaladas publicaciones oficiales, negocios de imprenteros ó intermediarios que van á los estantes ó debajo de los mostradores á alimentar toda suerte de sabandijas á libre engorde de literatura burocrática. Las donaciones de los ricos argentinos, rara vez van dirigidas en el sentido de fomentar la cultura pública, por más que llamen á su puerta los incansables peregrinos del ideal, los heroicos maestros de escuela que al fin caen rendidos de frio y de desaliento en medio del camino. El Estado ha de hacerlo todo, y por eso todo es mal hecho é insuficiente. La única munificencia conocida es una ficción oficial, porque la moción del diputado ó senador en sus Cámaras, van dirigidas á la

renta pública, y las miserables cuotas personales de los asociados apenas pueden adquirir un volumen de nueva y útil lectura. Una desconfianza y una burla tan hirientes como perversas, nacidas de la misma ignorancia, acogen á veces la demanda de la ayuda privada en favor de institutos de cultura social: es la herencia de misantropía y de celos, de lengua data, que aún no ha podido extiparse, la que habla por sus bocas y retarda la hora de la liberación por la inteligencia.

Sueño es también la idea de dotar las bibliotecas con colecciones modernas, de toda ciencia, literatura y arte, como serían necesarias para llevar una marcha de información uniforme y simultánea sobre todos los progresos del espíritu contemporáneo. La librería, que no es la biblioteca, hace á ésta una competencia original, en la forma de ventas

á la gruesa para llenar de una sola vez lujosas estanterías privadas, de un «rastacueroerismo» *sui generis* en las que nunca se abre un libro, que bien podría ser de madera ó de piedra, ó pintado en la pared para recreo de la vista ó chasco de paisanos deslumbrados. Estas bibliotecas,—algunas de las cuales asumen proporciones gigantesca, por no sé que especie de bibliomanía megalómana de igual esterilidad,—constituyen una usurpación social de las ideas y de los libros que las contienen. Porque no cuesta esfuerzo alguno admitir la doctrina de que, los que almacenan libros para no leerlos, como los que depositan en su cerebro ideas para no transmitir las á nadie, cometen un delito contra la humanidad y son defraudadores de la felicidad de los demás, y en castigo, debieran perder su derecho sobre unas y otras. Libro no leído, es libro ageno,

res nullius, y cualquiera debiera poder apropiárselo para aprovechar su contenido y difundirlo á su vez por el mundo.

Señores:

He abusado ya de vuestra benévola atención y es fuerza concluir, por seductoras que sean estas confidencias de un espíritu á otros que se armonizan para escucharlas. Pero antes debo señalar el hecho auspicioso de esta fundación de cultura intensiva para la ciudad de Rosario, la cual, á su asombroso crecimiento económico y urbano, que le ha dado su rango irrevocable de segunda capital de la República, va agregando cada día nuevos centros de estudios y de cultivos mentales, que no tardarán en encontrar su orientación común dentro de la línea general que sigue el espíritu argentino. Escuelas primarias,

normales, de industria y de comercio, colegio secundario, y ahora su biblioteca pública—como un embrión de una futura universidad moderna y libre, como fueron los trescientos libros del pastor John Harvard en el siglo XVII —constituyen hoy la fuerza civilizadora que trabaja en el fondo de este vasto hormiguero industrial y comercial, de su campiña, sus ríos, sus calles plétóricas de vida, de vida argentina, nueva y desbordante, reveladora de la savia robusta que corre por sus arterias hinchadas. No hay cuidado de que Alejandria eclipse á Atenas, ni Cartago á Roma; el sedimento ancestral es hondo; el limo nativo está repleto de jugos potentes; y uno y otra elaboran, y consumarán bien pronto, la colmena latente en el fondo de este núcleo social que es carne de la carne y hueso de los huesos de la nacionalidad argentina.

El peligro, si hay alguno, no es local sino general y hace tiempo que se señala por algunos espíritus observadores y amantes de la causa cultural de la Nación; es la desorientación, la intermitencia, la incoherencia, la dispersión, el antagonismo permanente, la desorganización, el abandono, la desconsideración, la falta de amor, de cuidado y cooperación social y públicas en el gobierno de la instrucción nacional, la que marcha en columnas disgregadas y divergentes, sin cohesión y sin guía, sin un objetivo moral, ni científico, ni sólidamente patriótico, á merced de los vientos más caprichosos, de las influencias y de los intereses más divergentes, sin que nadie hubiese podido, desde Sarmiento hasta ahora, fijarle un rumbo, caracterizar un sistema, fundar una estabilidad relativa siquiera, para sus planes y para sus maestros de toda

gerarquía, los cuales sufren á su vez los vaivenes de las ráfagas ambientes.

Observador siempre, y actor en alguna parte, en el trabajo colectivo de la cultura pública, he podido conocer el valor real de los factores adversos y favorables á la obra orgánica de la enseñanza nacional; y me aventuro á consignar mi juicio formado en el amoroso estudio de la más cara de mis pasiones públicas, en el sentido de que ha llegado la hora de elevar este problema á la categoría de los más primordiales del gobierno; á punto de que, en mi opinión, ni el Ministerio, ni el Congreso por sí solos tienen la llave de la solución. Dados nuestros hábitos políticos y la posición actual de cada uno de los poderes del gobierno, la cuestión de la enseñanza es cuestión presidencial, y de exclusiva y preferente consagración. El Emperador de Austria-Hungría se halló

hace unas tres décadas en una situación semejante, con menos peligro que entre nosotros, por la antigüedad de esa civilización y hábitos institucionales; y ante los peligros de un estado parecido de anarquía y disolución educativas, llevó el asunto á los más altos consejos del gobierno, y resolvió consagrar toda su autoridad é influencia moral y política al servicio de la restauración del orden y de la disciplina en el régimen escolar de todo el Imperio. El triunfo era seguro, y hoy las estatuas de la gratitud nacional se elevan en diversas ciudades en honor del joven estadista elegido para realizar aquella misión patriótica.

Habría cierta lógica en el programa de la presidencia actual, si á su sincero esfuerzo por la realización del sufragio en el régimen electoral siguiese otro mayor y de más fecundas consecuencias

para el porvenir, por la ordenación, sobre bases científicas y permanentes, de todo el organismo educativo de la Nación; ya que este es la fuente y la esencia de toda costumbre política, y que los vicios de esta índole, que han corrompido y desviado el espíritu público, de la práctica regular de la Constitución, sólo la educación puede corregirlos y extirparlos en definitiva. El proceso electoral es largo y graduado en sucesivas instancias, y el fraude, batido y desalojado de las capas inferiores ó populares, va subiendo en la escala y refugiándose en las últimas y más decisivas esferas superiores, en las cuales, en una sola decisión, con una sola plumada, se hace desaparecer el esfuerzo honesto de millares de ciudadanos que votaron inspirados en el bien público y en el deseo de labrar el prestigio de las instituciones fundamentales. Lo demás, esto

es, el método de las reformas parciales ó accidentales, sujetas á las vicisitudes de nuevas reformas y derogaciones de los ministerios subsiguientes, con «regeneraciones» ó represalias retrospectivas, es ahondar el mal, como el caído en el pantano que se hunde más cuanto mayor esfuerzo hace para salir de él. Nadie, ó todos á la vez, manejan los resortes de la enseñanza pública en el país: el Ministerio del ramo, las comisiones del Congreso, el Ministerio de Hacienda; todos tienen un plan, y todos lo ejecutan como «in ánima vili» en la carne palpitante de este vasto organismo, cuyas coyunturas apenas pueden ya moverse sin que caiga en pedazos el esqueleto. Ante tanta amenaza, incertidumbre y movilidad, ninguna idea ni programa didácticos son posibles, y los verdaderos y directos educadores, los maestros, directores y rectores, deben marchar á

tanteos ó á ciegas en el desconcierto general.

Entretanto, y mientras la empresa de la restauración educativa de la República no se acometa en forma y con medios decisivos, saludemos la aparición de cada nueva columna que viene á incorporarse á la marcha general del noble ejército de la cultura. Uno de los más eficaces refuerzos será esta Biblioteca nacida con tan generoso impulso, tan digno de perdurar y de vencer, y que tanta honra reflejará en el tiempo sobre sus iniciadores y mantenedores, cuando las enseñanzas y las influencias morales que de aquí se difundan vayan á convertirse en baluartes de civismo y de virtudes privadas y públicas en el corazón de la sociedad que la alberga. Acaso un día no lejano sus sencillas proporciones actuales se centupliquen, y vean los venideros levantarse aquí un

magno instituto docente, que guíe y conduzca con sus luces á una ciudad diez veces más populosa y cien veces más culta y rica que la actual; que presida como soberana y metrópoli social y económica la vasta región donde convergen las corrientes de vida de más de la mitad de la República y de vecinos Estados, amigos y hermanos, que conviven con nosotros por su origen y su adherencia geográfica. A su lado y á su sombra crecerá lozana y señorial, con el prestigio de su antigüedad caballerescas y sus blasones históricos, la capital provincial de Santa Fé, á la cual se augurá un crecimiento económico y social más acelerado, por las nuevas fuentes de vida creadas á su alrededor, en comunicaciones terrestres y fluviales, y cuya Universidad, —llamada á transformarse con una organización más adecuada á su medio y á la época,—será

un hogar prestigioso de ciencia y de patriotismo ilustrado, para cooperar con las demás de la Nación, á la obra desinteresada y nobilísima del común perfeccionamiento.

Y al agradecer al Señor Intendente y al Señor Director de la Biblioteca el insigne honor de invitarme á esta fiesta inaugural, y al digno y amable concurso que la decora, hago votos fervientes para que, en esta nueva institución educadora, si no sea posible fijar el lema memorable que el sabio griego inscribió en su academia, pueda al menos prometerse grabar algún día sobre un frontispicio monumental, las reglas cardinales que el autor del *Mapa de la vida*, coloca como síntesis de toda existencia feliz,—«ejecutar nuestro deber, evitar tristezas inútiles, y aceptar con firmeza lo inevitable,»—y cuya realización, al generar en las almas de todo

un pueblo una fortaleza serena contra las asechanzas de la adversidad, se traducirá en honra permanente para la Patria y la Humanidad.

A-6873
Biblioteca Argentina

APR 3668



La Biblioteca y La Cultura Pública

Joaquin U. Gonzalez



"Biblioteca de la Biblioteca"

Vol. I

